

## NOTA PRELIMINAR

Los artículos aquí incluidos están directamente conectados con la actividad llevada a cabo por el Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico de la Asociación de Geógrafos Españoles. Es éste, como es sabido, un Grupo bastante reciente, que no llega a los diez años de vida, pero que ha desarrollado una labor de indudable interés, concretada sobre todo en la organización de varias reuniones, en las que se han presentado y discutido trabajos representativos de las principales direcciones investigadoras seguidas por los geógrafos españoles en el ámbito de la historia del pensamiento geográfico, prestando especial atención, hasta el momento, a los aspectos de índole paisajística y territorial.

La constitución del Grupo se aprobó en noviembre de 2001, durante el XVII Congreso de Geógrafos Españoles, celebrado en Oviedo. Unos meses después, en abril de 2002, se reunió por vez primera, en Barcelona, y se eligió su Comisión permanente inicial, presidida por Josefina Gómez Mendoza y de la que formaban parte además María Dolors Garcia Ramon, Berta López Fernández, Juan Francisco Ojeda Rivera y Jacobo García Álvarez. Se definieron también en esa primera reunión, teniendo en cuenta las orientaciones intelectuales de sus miembros, las líneas maestras de su actuación futura, que se agruparon en cuatro direcciones: 1) Fuentes de la historia de la geografía y la cartografía españolas; 2) Representaciones culturales del paisaje y del territorio; 3) Geografías posmodernas y poscoloniales; y 4) Historia de la geografía española del periodo 1940-1970.

Siguiendo esas directrices, se organizó, en noviembre de 2003, en la Estación Biológica de Doñana, la primera reunión del Grupo, dedicado a «Las representaciones culturales del paisaje», cuyas actas se publicaron después<sup>1</sup>. Los dos coloquios siguientes se organizaron con el título conjunto de «Historias, geografías, culturas», y se desarrollaron respectivamente en junio de 2005, en Santiago de Compostela, y en noviembre de 2006, en Barcelona y Palafrugell. Las actas de este último se publicaron también poco más tarde<sup>2</sup>.

En octubre de 2007, en la asamblea que tuvo lugar en Sevilla, durante el XX Congreso de Geógrafos Españoles, se renovó la Comisión permanente del Grupo, que quedó ahora presidida por Nicolás Ortega Cantero y formada además por Antonio López Ontiveros, Joan

---

1 LÓPEZ ONTIVEROS, A., NOGUÉ, J. y ORTEGA CANTERO, N. (2006): Representaciones culturales del paisaje. Y una excursión por Doñana. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles (Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico).

2 PAÛL I CARRIL, V. y TORT I DONADA, J. (2007): Territorios, paisajes y lugares. Trabajos recientes de pensamiento geográfico. Cabrera de Mar, Galerada y Asociación de Geógrafos Españoles (Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico).

Nogué, María Teresa Vicente Mosquete y Manuel Mollá Ruiz-Gómez. Allí se decidió también la organización de la siguiente reunión del Grupo de trabajo.

Este cuarto coloquio, desarrollado en febrero de 2009 en la Residencia La Cristalera (Miraflores de la Sierra) de la Universidad Autónoma de Madrid, y asociado a un simposio de la Comisión de Historia de la Geografía de la Unión Geográfica Internacional, presidida desde el verano anterior por Jacobo García Álvarez, se dedicó a hablar de «Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio». Quedaron comprendidos bajo ese título, respecto de los lenguajes, los aspectos cartográficos, retóricos e iconográficos, y se centró lo segundo, lo relativo a las visiones, en la consideración de las conexiones que cabe establecer entre los paisajes y los territorios, de un lado, y la conformación de identidades y lugares de memoria, de otro.

Con lo tratado en este coloquio se relacionan los trabajos recogidos en este número del *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*. No son comunicaciones allí presentadas, siempre muy breves, sino versiones renovadas y notablemente ampliadas, en ocasiones incluso nuevas, de asuntos que se plantearon durante el coloquio. Se ofrece aquí, por tanto, una selección de catorce artículos elaborados por sus autores partiendo de lo que expusieron en el coloquio de Miraflores. Junto a esos catorce trabajos, debidos a geógrafos españoles, se ha añadido, precediéndolos, la aportación de Vincent Berdoulay, también relacionada con el asunto que planteó en su conferencia inaugural del coloquio.

El texto de Berdoulay se dedica a reflexionar sobre la caracterización prospectiva de la geografía, y señala la aportación llevada a cabo por la historia de la geografía, con su utilización de las nociones de memoria, paisaje y patrimonio, al horizonte del pensamiento prospectivo. De los valores y los significados de Castilla y, dentro de ella, de la Sierra de Guadarrama, prestando especial atención a sus cualidades culturales y simbólicas, hablan los tres trabajos siguientes. Se refieren a la visión de la primera, a lo largo de los años comprendidos entre 1876 y 1936, como paisaje nacional (Nicolás Ortega Cantero), al descubrimiento de la segunda, en esos mismos años, por parte de excursionistas y deportistas alemanes afincados en Madrid (Manuel Mollá Ruiz-Gómez), y a la posibilidad, actualmente en marcha, de ordenar la Sierra de Guadarrama y convertirla finalmente en parque nacional, asunto planteado por Eduardo Martínez de Pisón, que ha dirigido la elaboración del Plan de Ordenación de los Recursos Naturales de ese ámbito.

A las valoraciones y representaciones culturales de los paisajes rurales españoles se dedican los dos artículos que siguen. El primero de ellos, de Buenaventura Delgado Bujalance y Juan F. Ojeda Rivera, apoyado en la perspectiva fenomenológica y en la consideración de un buen número de imágenes literarias y pictóricas, nos acerca a la comprensión cultural de esos paisajes. El segundo, escrito por Antonio López Ontiveros, nos ofrece una amplia reflexión sobre los significados que adquieren esos mismos paisajes rurales en la obra de Miguel de Unamuno. Otro notable escritor, Joan Maragall, es estudiado en el siguiente trabajo por Joan Tort i Donada, que se refiere en él, entre otras cosas, al sesgo sensorial y emotivo de su visión del paisaje, y a las proximidades que manifiesta con la de Unamuno.

Otro grupo de artículos se adentran en diversos aspectos paisajísticos conectados con las identidades y los lugares de memoria. En primer lugar, Jacobo García Álvarez ofrece una reflexión general sobre el asunto, en la que se refiere a aspectos como el concepto de lugar de memoria y su proyección en el mundo de la geografía, o las relaciones existentes entre

paisaje, memoria histórica e identidad nacional. Francisco Alonso Otero habla, en el artículo que sigue, de la identidad cultural e histórica de los caminos de Santiago y de la conformación, a propósito de ellos, de una cultura del paisaje. Por su parte, Rosa Cerarols Ramírez se refiere a continuación, a través de la lectura de algunos relatos viajeros aparecidos entre 1859 y 1936, a las conexiones entre paisaje y memoria en las representaciones del Marruecos colonial, atendiendo sobre todo a las consideraciones de carácter bélico que a menudo entrañan.

También se habla de identidades y de memorias en los dos artículos siguientes, referidos expresamente al paisaje urbano. Se considera, por una parte, en el de Elia Canosa Zamora y Ángela García Carballo, el fenómeno relativamente reciente de las «rotondas» ciudadanas, valorando sus pretensiones de calidad paisajística y sus resultados, muy alejados de tales aspiraciones. El otro trabajo, el de Paloma Puente Lozano, se centra en el análisis de las lecturas posmodernas de los nuevos paisajes urbanos, enjuiciando sus sesgos reductores de la dimensión histórica y sus conexiones con lógicas espaciales que giran en torno a las nociones de caos y fragmentación.

Tres artículos más se suceden después. Los dos primeros se refieren al modo de percibir y utilizar ciertos paisajes concretos. Josep M. Panareda Clopés dedica el suyo a la evolución que ha experimentado la percepción geográfica, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, del paisaje mediterráneo de ribera. Y Emilia Martínez Garrido estudia la caracterización de las visiones territoriales asociadas a la muy intensa utilización del paisaje cinegético español a lo largo de los años setenta y ochenta. Finalmente, Agustín Hernando se introduce en su artículo en el mundo de los lenguajes cartográficos, analizando los atributos culturales y sociales que se expresan en las representaciones alegóricas de los frontispicios de los atlas, sin ignorar sus pretensiones de afirmación de identidades.

El contenido de los quince artículos mencionados se completa, en fin, con cinco reseñas bibliográficas que tratan también de algunas publicaciones españolas recientes y significativas de índole paisajística. Todo ello traza, en este número del *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, un panorama bastante amplio, variado y representativo de las direcciones que están siguiendo los miembros del Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico en sus investigaciones sobre los modos modernos de valorar y representar el paisaje, prestando atención a sus importantes ingredientes culturales y simbólicos. Su lectura ayudará, sin duda, a conocer mejor esa dedicación paisajística de la geografía española, alentada en todo momento, desde su fundación, por el Grupo de Historia del Pensamiento Geográfico de la Asociación de Geógrafos Españoles.

*Nicolás Ortega Cantero*



---

# **ARTÍCULOS**

---



# LA HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA EN EL DESAFÍO DE LA PROSPECTIVA

**Vincent Berdoulay**

Laboratorio SET, UMR 5603 CNRS & UPPA, Pau, Francia

## RESUMEN

Este artículo pretende mostrar que la historia de la geografía no es solamente cuestión de retrospectiva sino que puede vincularse igualmente al pensamiento prospectivo. Abre una reflexión sobre los posibles, lo que subraya la pertinencia del enfoque posibilista iniciado por Vidal de la Blache. El papel del sujeto, el uso que éste hace de las imágenes y de la imaginación, se conjugan en el seno de la narrativa prospectiva que construye la geografía del futuro. Las nociones de memoria, paisaje y patrimonio permiten precisar la aportación de la historia de la geografía a la constitución del pensamiento prospectivo.

**Palabras clave:** prospectiva, historia de la geografía, posibilismo, sujeto, imágenes, patrimonio.

## ABSTRACT

*The history of geography and the challenge of strategic foresight.*- This article aims at showing that the history of geography is not only a matter of retrospective examination, but it also concerns strategic foresight. The history of geography brings perspective on the issue of what are the possible futures; this underlines the still pertinent aspect of the possibilist framework which had been initiated by Vidal de la Blache. The role of the individual subject and his use of images and imagination are combined within a prospective narrative which constructs the geography of the future. The notions of memory, landscape and heritage make it easier to specify the contribution of the history of geography to the constitution of prospective thinking.

---

Fecha de recepción: junio 2009.

Fecha de aceptación: octubre 2009.

**Key words:** strategic foresight, history of geography, possibilism, individual subject, images, heritage.

## I. INTRODUCCIÓN

En el año 2000, en Seúl, en el momento de su renovación, casi por unanimidad, por la Asamblea General de la Unión Geográfica Internacional (UGI), la Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico tomó la iniciativa de procurar que la comunidad de geógrafos diera a conocer su punto de vista en la Conferencia Mundial de Johannesburgo, también denominada Río+10 al estar prevista para 2002. Como en el caso de otras uniones científicas, resultaba posible, en efecto, que los geógrafos hicieran oír su voz. La Comisión había propuesto estructurar esta iniciativa. Y ésta fue bien recibida por la Asamblea General. Pero la idea era demasiado buena...pues fue rápidamente acaparada por la Comisión de Geografía Aplicada, que se hizo cargo de preparar sola el punto de vista de la UGI. Así, por desgracia para la disciplina, su posición fue formulada de manera inadecuada e inconsistente, y resultó, a fin de cuentas, inaudible; lo que demostró que el valor prospectivo de la geografía no puede expresarse con improvisación: antes bien, merece una atención particular que repose sobre una reflexión de fondo. Mi objetivo en este artículo es subrayar que la historia del pensamiento geográfico resulta de gran ayuda para poner de manifiesto la dimensión prospectiva de la geografía. Más concretamente, voy a centrarme en demostrar que la historia de la geografía tiene en sí misma una dimensión prospectiva.

La historia del pensamiento geográfico puede ser utilizada en sentido prospectivo. Un ejemplo de ello lo tenemos en la Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico. Ésta, en el momento de preparar su renovación cada cuatro años, ha debido tener en cuenta peticiones a menudo formuladas desde el comité ejecutivo de la UGI. Durante los últimos cuatrienios, este comité había solicitado particularmente que se mostrase «pro-activa», que tratase de responder o, al menos, de hacer suyas algunas grandes cuestiones que el ejecutivo de la UGI consideraba prioritarias. Así, la correspondiente al desarrollo sostenible fue abordada muy tempranamente por esta Comisión, cuando la mayoría de los geógrafos de todo el mundo aún no habían oído hablar de ello. La Comisión no dudó entonces en intentar ofrecer una perspectiva histórica de las grandes cuestiones contemporáneas. Pienso, por ejemplo, en la integración de los saberes populares o tradicionales, en los procesos de mundialización y en los de fragmentación territorial, etc. Pero ha habido un momento en el que esta actitud retrospectiva adoptada para presentar antecedentes de cuestiones actuales ha parecido insuficiente a nuestra Comisión. Ello se ha planteado precisamente con ocasión de la reflexión que se había propuesto hacer con respecto al desarrollo sostenible.

La Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico centró su interés en este asunto y organizó un cierto número de seminarios, particularmente en la UNESCO. Fue así cómo se hizo sentir la dificultad que suponía el desafío de inscribir la historia de la geografía en un planteamiento prospectivo. Al proponer una reflexión sobre este desafío, voy a mostrar sucesivamente en este artículo varios aspectos del mismo. Más concretamente, mi discurso se situará en la encrucijada de dos problemáticas que son relativamente descuidadas o consideradas periféricas en el seno de la práctica de la historia de la geografía. La primera surge del



deseo de contribuir a un planteamiento prospectivo: si la oportunidad de Río+, anteriormente evocada, fue reveladora, este deseo concierne a otras cuestiones como aquella, muy cosmopolítica, de la cohabitación de los humanos en la tierra, entre ellos o con las restantes formas de vida. La segunda problemática, con la cual me parece importante cruzar la primera, es la del lugar que ocupa el sujeto —el individuo como ser autónomo y reflexivo— en la manera de pensar del historiador de la geografía. Esta preocupación por el sujeto está presente en las ciencias humanas desde hace algún tiempo; no hay razón para que la historia de la geografía se sustraiga a estos debates, aunque sea únicamente para posicionarse con respecto a esta corriente.

Querría demostrar que estas dos problemáticas pueden —sin excluir otros puntos de vista— ocupar un lugar más central en la historia de la geografía en la medida en que se encuentran asociadas y abren nuevos campos de investigación<sup>1</sup>.

## **II. LA PROSPECTIVA EN EL CENTRO DE LA HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA**

Espontáneamente, tenemos tendencia a distinguir tres intervalos de tiempo relativamente distintos —el pasado, el presente, el futuro— y a asociarles prácticas disciplinarias igualmente diferenciadas. De esta forma, la historia se ocuparía del pasado, es decir, de un período finalizado sobre el que ya no podemos actuar. Sin rechazar completamente el interés de una mirada a los antecedentes de los fenómenos estudiados, la mayor parte de las disciplinas restantes se ocuparían de la sociedad en su contemporaneidad. Se atribuye entonces la preocupación por el futuro a ciertas disciplinas de la acción, como la planificación, el urbanismo o la ordenación del territorio, hábiles combinaciones de previsiones y de prácticas.

Pese a que no es extraño observar tales concepciones estereotipadas, sabemos que no están fundamentadas. Pasado, presente y futuro están ciertamente marcados por discontinuidades, pero mucho más por las continuidades. El carácter de sus trabajos las pone de manifiesto: la historia retorna al pasado, pero sirve también a la comprensión del presente; las otras ciencias humanas no renuncian necesariamente a esclarecer el presente a través del pasado; la ordenación del territorio y la planificación tienen en cuenta el presente para prever el futuro, sirviéndose de las ciencias de la comprensión del pasado y del presente para construir sus previsiones. Así, parece lógico adelantar que la historia de la geografía puede ser también cuestión de prospectiva. ¿Hay que limitarse a concebir su mirada al pasado como un simple examen de elementos susceptibles de explicar la situación actual de la geografía? ¿No puede servir a la proyección en el futuro?

Debido a que el conocimiento del pasado puede servir a esclarecer el presente, existe la actitud dominante de limitar la historia de la geografía a este papel. El peso del positivismo sobre las ciencias humanas y sociales no es ajeno a esta actitud. El positivismo se fundamenta, en efecto, en la equivalencia lógica entre explicación y previsión: explicar un fenómeno responde al mismo ejercicio que preverlo, puesto que ambos dependen de la

---

<sup>1</sup> Una primera versión menos desarrollada de estas reflexiones constituyó el objeto de una comunicación en el simposio internacional «Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio», organizado por el Grupo de Trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico de la AGE y por la Comisión de Historia de la Geografía de la UGI, en Miraflores de la Sierra (Madrid), del 5 al 8 de febrero de 2009.

identificación de una ley. Si conocemos las causas antecedentes, podemos deducir las consecuencias, al producir las mismas causas idénticos efectos. La explicación toma la estructura de un silogismo: una proposición ya probada (y considerada siempre verdadera, como una ley) aplicada a un caso particular permite deducir lógicamente la consecuencia (Berdoulay V., 1988, 66-73). Independientemente de que esta relación lógica se sitúe en un momento o en otro del eje del tiempo, la relación es siempre cierta. De esta manera, desde un punto de vista positivista, explicar un fenómeno en el pasado es como preverlo para el futuro, desde el momento en que se poseen todos los elementos de la relación causal. El entusiasmo positivista de los geógrafos durante la revolución cuantitativa permite comprender por qué se han interesado tan poco por la prospectiva. Todo lo más han pensado en el carácter planificador de sus modelos, otorgándoles un valor tanto explicativo como predictivo. Pero se trata, en este caso, de una visión unívoca del futuro: éste parece determinado por las condiciones presentes. No hay lugar en este planteamiento al imprevisto, a la novedad. Y pese a que esta concepción ha sido fuertemente criticada, particularmente en nombre del libre arbitrio o incluso en nombre de la contingencia, permanece firme en la manera de anticipar el futuro de las disciplinas preocupadas por este asunto.

La prospectiva, marcada por la planificación racional antes de la década de 1970, recurría a esta concepción, por otro lado. Pero no se circunscribía a ella y buscaba limitar los efectos de una estricta extrapolación de los análisis científicos a través de la reflexión y de la imaginación (Berger G., 2007; Jouvenel B., 1964; Cazes B., 1986; Godet M., 2004). La idea directriz consistía en identificar en la realidad presente o pasada soluciones a los problemas anticipados. Particularmente, innovaciones poco perceptibles son puestas a punto en la densidad de la realidad contemporánea. Así, a pesar del peso del positivismo arraigado entre numerosos científicos y de la concepción tecnocrática de la intervención socioeconómica, los grandes pensadores de la prospectiva habían introducido una parte de intuición y de imaginación en el planteamiento que preconizaban.

Producido un retroceso de la planificación racional o frontal y, así pues, de la ambición prospectiva, el interés de ésta se recupera desde los años ochenta en forma de una amplificación de sus aspectos menos mecánicos. Concretamente, el retorno actual de la prospectiva concede un lugar importante a procesos de concertación y de decisión colectiva que se sitúan lejos de las lógicas de previsión formuladas por científicos (Soubeyran O., 1988; Berdoulay V. y Soubeyran O., 1993). Dispositivos múltiples de consulta, de participación y de implicación de los ciudadanos son experimentados o implantados (Berdoulay V. y Soubeyran O., 1996; Forester J., 1999; Berdoulay V., 2003). En cierto modo, es la parte de sujeto autónomo y reflexivo la requerida al habitante. Éste es invitado a pronunciarse sobre proyectos, y ello, cada vez menos en relación con su formulación final y cada vez más frecuentemente sobre las decisiones a tomar en las fases iniciales del propio proyecto.

Toda esta concepción reciente de la prospectiva refuerza una de las condiciones de su ejercicio, a saber, la incertidumbre en cuanto al futuro. Es lo que el desarrollo sostenible como imperativo mayor y las conversaciones que se han suscitado en torno a este tema en el seno de la Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico han ilustrado claramente. No hay duda de que la irrupción de la cuestión medioambiental desde los años sesenta ha reforzado el contexto de incertidumbre en el que debe elaborarse la planificación. Los modelos de análisis, como los modelos de acción, se han modificado progresivamente, de manera que

la ordenación del territorio ya no es concebida como anteriormente. El desarrollo sostenible consagra, según la consideración de muchos, esta mutación del pensamiento planificador (Berdoulay V. y Soubeyran O., 2000). El análisis científico no es más que uno de los elementos que intervienen en los procesos de decisión, junto a la reflexión sobre los valores, la toma en consideración de la larga duración (yendo desde el pasado hasta el futuro), la participación y el compromiso de la población. La atención se traslada a la emergencia de nuevas prácticas, a la creatividad de la población. En suma, la llamada al sujeto y a las prácticas reflexivas se deja sentir cada vez más, tanto desde el punto de vista de la investigación geográfica como del correspondiente a la ordenación del territorio.

En este punto de la discusión, entre los antiguos vínculos que existen entre el pensamiento prospectivo y la geografía, es necesario subrayar en qué medida la colonización, siempre marcada por un contexto de gran incertidumbre, ha permitido a determinados geógrafos incorporar la preocupación prospectiva en el centro de sus planteamientos (Soubeyran O., 1997). Entre las grandes cuestiones que se han esbozado, es interesante aludir a aquellas planteadas a propósito del proyecto de mar interior del Sahara a finales del siglo XIX (Soubeyran O. y Bencheikh A., 1993). Desde 1873 hasta 1884 el proyecto fue comandado por el capitán Roudaire, titular de la cátedra de topografía de la escuela militar de Saint-Cyr, quien levantaba controversia entre varias de las más altas instancias científicas de la época. Existía la idea de crear al Sur de Argelia y de Túnez una vasta extensión de agua marina introducida desde el Mediterráneo por medio de la construcción de varios canales. Se esperaba que esta masa acuática aportara precipitaciones sobre el flanco sur de los Aures y, por tanto, un desarrollo agrícola y comercial al mismo tiempo que una realimentación parcial en agua del mar interior. Partidarios y opositores al proyecto no podían sino enfrentarse en torno a la credibilidad de los efectos inducidos por un proyecto que era técnicamente realizable en aquella época. Ante la incertidumbre de éstos, las argumentaciones se dividían en relación a la toma en consideración del medio. Para los opositores, era su complejidad, su singularidad y, así pues, su fragilidad lo que contaba. En cuanto a los partidarios, reconociendo la complejidad de todo medio, consideraban que la finalidad del proyecto – el aporte de una masa de agua- daría origen a los procesos conducentes a una nueva complejidad. En este caso, el imaginario de la transformación del medio evocaba al de la modernidad, pero también a aquel más neo-lamarckiano de la transformación recíproca de la sociedad y del medio (Berdoulay V. y Soubeyran O., 1991). El planteamiento anticipador se encuentra entonces en el centro del proyecto: se fundamenta sobre el conocimiento científico pero invirtiendo, de manera teleológica, la relación causal: lo que todavía no existe determina lo que se debe hacer.

Es igualmente interesante que Julio Verne, apasionado de la geografía y miembro de la Sociedad de Geografía de París, escenificara el proyecto en su novela sobre *La invasión del mar* (Verne J., 1905). Lo importante no es su juicio sobre el interés del proyecto, sino más bien que en esta novela, como en el conjunto de su obra, Julio Verne se muestra prospectivista en su manera de utilizar el conocimiento geográfico. Nada de lo que describe puede emanar de la pura ficción. Ciertamente, él extrapola, pero apoyándose siempre sobre conocimientos establecidos. Permanece siempre en el mundo de lo posible, de lo científicamente posible. Por ello no podía considerarse como autor de ciencia ficción; era más bien un explorador de los posibles.

Interesarse por la prospectiva es, en efecto, estudiar los futuros posibles. Es en función de ellos como podemos orientar las elecciones y las decisiones. Así pues, se trata de posibilidades de acción que son identificables a partir de la gran diversidad de datos actuales y de sus interdependencias múltiples y complejas, es decir, de aquello a lo que remite la noción de medio. La cuestión de las posibilidades es otra manera de abordar el encuentro de la prospectiva y de la historia de la geografía.

### III. PROSPECTIVA Y POSIBILISMO

Como Vidal de la Blache y los primeros posibilistas pensaban a través de sus diversos compromisos con las grandes cuestiones de la sociedad, la acción debe fundamentarse en un análisis profundizado de las posibilidades latentes del medio (Berdoulay V., 2008). Éste no remite a un conjunto fijo de recursos. Se caracteriza más bien por la inestabilidad, la fragilidad, lo aleatorio. Se refiere, así, a todo lo que hay de incierto en el curso de las cosas. Si este tipo de pensamiento se hacía eco de las teorías evolucionistas de la época marcadas por la visión darwinista de la naturaleza, encontraba también su pertinencia en las interrogaciones sobre el devenir de las sociedades de la época.

Todo contexto de gran incertidumbre ante el futuro corresponde a un momento clave de la historia de la geografía, un momento en el que la reflexión prospectiva se revela muy pertinente e innovadora. Es el caso de la época de Vidal, pero la historia de la geografía está llena de estos grandes momentos. La geografía se enfrenta entonces brutalmente al imperativo de pensar en futuros posibles. Es la ocasión de replantear la relación humana con el medio. La recuperación del interés por las ideas hipocráticas en el Renacimiento —período de conflictos religiosos y políticos mayores— es un ejemplo de ello, entre muchos otros: como propuso Jean Bodin, ¿no se buscará en la naturaleza los fundamentos del orden social y político antes que en la religión revelada o en la tradición (Robinson B., 1977; Glacken C., 1967)? Pienso que la toma en consideración de estos contextos de incertidumbre que otorgan una dimensión prospectiva al trabajo de los geógrafos permite esclarecer de otro modo su forma de estudiar la relación con la naturaleza. Tomaría como ejemplo lo que numerosos geógrafos contemporáneos interpretan como el tradicionalismo, incluso la nostalgia del pasado, de Vidal de la Blache para mostrar cuán erróneas son esas interpretaciones.

Debido a que Vidal se interesaba por el pasado, por la larga duración, por lo que él denominaba las «permanencias», se le rechazó rápidamente al ser considerado adepto a una geografía retrospectiva relativamente nostálgica de una época pasada. Una lectura atenta de su obra muestra, sin embargo, lo contrario. Era resueltamente modernista tanto en su vida como en su obra (Berdoulay, 2008). ¿Por qué habría entonces insistido en la investigación de las permanencias si no era en razón de su interés prospectivo? Las permanencias corresponden, en efecto, a lo que llamaríamos «tendencias pesadas» en el lenguaje actual. En un contexto de gran incertidumbre en cuanto al futuro de Francia, Vidal busca en el medio las fuentes de esas tendencias pesadas. Su identificación le sirve para poner de manifiesto las fuerzas y los hechos portadores de futuro. Permite ubicar mejor las incertidumbres, es decir, allí donde existen márgenes de maniobra, oportunidades de acción. El futuro no emana de un repertorio cerrado de posibilidades sino de la interacción entre las permanencias y las decisiones humanas. Dicho de otra manera, el sentido de la acción no ha de estar necesariamente determinado

por las permanencias. Éstas definen más bien las condiciones bajo las cuales deben desplegarse las iniciativas humanas. Aquí se encuentra todo el sentido del posibilismo vidaliano tanto para el análisis geográfico como para la ordenación del territorio.

Esto se advierte muy claramente en el pensamiento explícitamente prospectivo que vincula la geografía francesa a la ordenación urbana a comienzos del siglo XX (Berdoulay V. y Soubeyran O., 2002). Fue efectivamente una época en la que, siguiendo el impulso de la institucionalización de la geografía, la institucionalización del urbanismo buscaba reafirmarse. Los grandes líderes de la nueva profesión de urbanista se esforzaron en establecer como fundamento de su acción una comprensión del medio que era considerada menos una simple limitación que una oportunidad de acción para concebir el planeamiento urbano. Para ilustrar esta voluntad de fundamentar el urbanismo sobre las enseñanzas extraídas de un planteamiento geográfico, me referiré a dos figuras emblemáticas de la institucionalización de la profesión de urbanista en Francia, Donat-Alfred Agache y Léon Jaussely. Ambos buscaron asentar sus planes urbanos sobre un estudio minucioso de las condiciones del medio. Divergieron, no obstante, en la forma de sacar partido de estas condiciones para concebir el proyecto de futuro (Berdoulay V., 2004).

Agache se inspira en las enseñanzas de Frédéric Le Play y de sus discípulos del grupo de la «ciencia social». En un profundo estudio del medio físico y humano, que él llama a veces estudio «antropogeográfico», identifica las tendencias pesadas que él considera como oportunidades para el desarrollo urbano. En consecuencia, recomienda actuar para liberar estas tendencias pesadas de los diversos impedimentos —debidas a menudo a decisiones humanas equivocadas— que traban el libre desarrollo de este potencial. En suma, Agache inscribe su prospectiva en el respeto y la continuidad de las tendencias pesadas existentes.

En cuanto a Léon Jaussely, se inspira en los geógrafos vidalianos —que son, según él, los «padres» del urbanismo— para comprender el medio en el cual busca intervenir. Lo que los vidalianos le han enseñado es que el medio encierra diversas posibilidades para la acción. Así, de forma contraria a Agache, las tendencias pesadas no tienen que ser seguidas necesariamente. Jaussely las tiene en cuenta, ciertamente, pero lo hace para concebir proyectos que reposan sobre posibilidades latentes no explotadas con anterioridad a causa, precisamente, del «laissez faire» que disfrutaban estas tendencias pesadas. Contra las inercias que éstas inducen, Léon Jaussely define acciones que van a poner en sinergia elementos del medio hasta entonces descuidados.

De este modo, contrariamente a Agache, quien planifica en función de una concepción del medio que define tendencias pesadas a respetar, Jaussely no duda en valerse del posibilismo vidaliano para hacer «bifurcar» una evolución en un sentido diferente al que tendría lugar por simple inercia. Su planteamiento es plenamente prospectivo puesto que no se limita a seguir, a confirmar o, incluso, a amplificar lo que es probable. Al contrario, Jaussely busca hacer emerger nuevas opciones, cambios de orientación, que son debidos a una depurada comprensión de las posibilidades latentes del medio.

Otras formas de ligar la prospectiva al estudio del medio existente existieron en esta misma época. Geógrafos vidalianos como Camille Vallaux, o incluso Joseph Levainville, plantearon orientaciones sumamente interesantes a este respecto, pero las diferencias entre Agache y Jaussely se erigen entre las más reveladoras.

En definitiva, a la luz de estas experiencias de comienzos del siglo XX, podemos decir que la prospectiva mantiene una relación compleja, de tipo posibilista, con el estudio del medio, en la que la libertad de iniciativa para levantar un futuro posible debe conjugarse con las posibilidades del medio.

#### IV. NARRATIVA, IMAGINACIÓN, IMAGEN

Si a la historia de la geografía le pueden concernir tanto la retrospectiva como la prospectiva, es preciso señalar que estos dos planteamientos no son simétricos. Efectivamente, una consiste en mirar hacia atrás en el tiempo mientras que la otra mira hacia adelante. Pero la retrospectiva pretende poner al descubierto antecedentes de los fenómenos actuales a tener en cuenta, mientras que la prospectiva pretende preparar la acción a la luz de diferentes posibilidades que debemos considerar abiertas. El esfuerzo prospectivo lleva, de este modo, a enunciar una narrativa posible de los lugares que nuestras acciones podrían priorizar.

Reencontramos aquí, a propósito de la prospectiva, el «tríptico» formado por las nociones de narrativa, de lugar y de sujeto (Berdoulay V., 2002). Es, en efecto, el sujeto, ya sea urbanista, responsable de la ordenación del territorio o habitante, quien construye la narrativa prospectiva de las acciones que contempla y de los lugares que le conciernen. Esto lleva a reflexionar sobre las modalidades de afirmación del sujeto. ¿Hasta qué punto debe inclinarse del lado de la intuición, como muchos geógrafos franceses lo han hecho a lo largo del siglo XX? ¿O debe más bien dar prioridad al enunciado de las modalidades de construcción de su objeto de estudio, como incitaba el neokantismo a hacerlo a Vidal y sus primeros discípulos? Sin que sea necesario entrar aquí en el debate, señalaremos que la cuestión de la parte activa del sujeto está presente en este tipo de problemáticas y permanece íntimamente asociada a la prospectiva y a la construcción del sentido de los lugares.

En la historia de la geografía podemos encontrar sujetos que se esfuerzan en comprender el mundo, en aprovechar el aprendizaje de esta comprensión para actuar en el tiempo presente y contemplar proyectos para el futuro. Más allá de la detección de los antecedentes de las prácticas contemporáneas, nos permite descubrir el pensamiento prospectivo en funcionamiento, comprender las condiciones de su ejercicio, y sobre todo aproximarnos a la experiencia misma de lo que es el esfuerzo prospectivo. Tomando la historia de la geografía en tanto que depositaria de estas experiencias cuya variedad se conoce mal, podremos desarrollar la dimensión prospectiva de la disciplina.

Numerosos geógrafos universitarios han manifestado una relativa prudencia con respecto a la prospectiva a lo largo del siglo XX. Y esta actitud ha alcanzado la paradoja. Es el caso de Raoul Blanchard. Pese a ser un geógrafo comprometido con el futuro de la región alpina, y aunque no duda en reconocerse partidario de la independencia de Quebec, se muestra, sin embargo, especialmente timorato en el momento en que podría pasar del análisis geográfico a la recomendación en materia de ordenación del territorio. Lo comprobamos claramente en relación con el urbanismo. Fuente de inspiración para urbanistas como Jaussely, Blanchard acepta presentar de manera general su método de análisis, pero sin que desemboque en la formulación de preconizaciones en materia de urbanismo. Igualmente, en lo que atañe a la ordenación de los espacios franco-canadienses, vemos cómo se detiene en el umbral mismo de la traducción de sus análisis en principios de acción (Berdoulay V. y Sénécal G., 1996). Éste es



uno de los temas de la historia de la geografía que merecería ser estudiado más ampliamente, en la medida en que nos situamos en la confluencia de las ciencias fundamentales y de las ciencias de la acción.

En el esfuerzo prospectivo por el cual el sujeto busca redefinir su relación con el tiempo y el espacio, la imaginación juega un papel importante. Se trata de una imaginación que debe ser creativa, porque —ya lo he mencionado— lo posible no es lo probable y el futuro no debe deducirse necesariamente de manera unívoca del pasado o del presente. La imaginación descansa sobre el empleo, la transformación, la difusión y la producción de imágenes. Estos procesos dan lugar a verdaderas iconografías del territorio y del paisaje.

La historia de la geografía también merece ser retomada en relación con este asunto. Muestra cómo desde muy temprano los geógrafos han intentado comunicar su visión del mundo apoyándose en ilustraciones: no solamente mapas sino también dibujos, grabados y, por supuesto, fotografías. El valor documental de este procedimiento técnico ha interesado particularmente a geógrafos franceses, sobre todo a Jean Brunhes pero también, en cierta medida, a Vidal de la Blache (véanse las contribuciones de M.-C. Robic y de D. Mendibul en VV.AA., 1993). De hecho, la irrupción de la fotografía en el siglo XIX transformó la relación de la geografía con la imagen, lo que se percibe en la evolución de los trabajos de Franz Scharder, quien modificó radicalmente su uso de la pintura (Berdoulay V. y Saule-Sorbé H., 1999). En la iconografía encontramos, por tanto, mucho más que una simple herramienta ideológica al servicio de las clases dominantes.

Un aspecto importante para la historia de la geografía es que la imagen no es una representación abstracta que se opondría a una realidad concreta. La imagen remite a una materialidad que es doble. Por una parte, sirve para caracterizar un mundo existente o deseado. Por otra, como signo portador de significado, posee un soporte material de carácter pictórico, incluso sonoro. Es lo que Jean Gottmann había observado mientras hablaba de la iconografía de que se dota una colectividad para tomar conciencia de ella misma y afirmarse frente a otras (Gottmann, 1952). Esta iconografía designa un territorio y se despliega a través de la intermediación de imágenes cuya iconicidad se apoya en soportes materiales muy variados: banderas, himnos, límites fronterizos, monumentos, lugares emblemáticos, ordenaciones simbólicas del territorio y del paisaje, etc. Los análisis de Jean Gottmann se detuvieron, no obstante, en el papel estructural y macroscópico de tales iconografías. Aunque él fuera consciente de la importancia de su vertiente subjetiva, no profundizó en ello, dejando abierta la cuestión de la parte activa del sujeto en su génesis, su explotación y su devenir.

Ocurre que las imágenes no brotan de un repertorio fijo, aun cuando ciertas ideologías tratan de consagrar algunas para asentar una visión particular del mundo. Al contrario, las imágenes son constantemente movilizadas y modificadas por el sujeto para actuar sobre su medio ambiente. Son utilizadas por el ordenador del territorio o por el sujeto-habitante con el fin de concebir un futuro posible y los lugares asociados a éste.

Así pues, estas imágenes son producidas a partir de lo que la cultura puede ofrecer. En este punto, no hay que contemplar la cultura asentada sobre un conjunto inmóvil de conocimientos, de imágenes, de normas o de prácticas que dictan los comportamientos. Es preferible contemplar la cultura como una actividad del sujeto, individuo autónomo y reflexivo, aun cuando a la geografía cultural dominante le cuesta escapar de los determinismos atribuibles a la categorización de los individuos en clases, géneros u otros grupos sociales (Berdoulay

V., 2002). La cultura, como actividad, corresponde al esfuerzo de resolución de las tensiones que hostigan al individuo entre múltiples solicitaciones y limitaciones. El esfuerzo de combinar la herencia del pasado con las contradicciones que éste genera para vivir el presente y concebir el futuro debe efectuarse así al nivel del sujeto.

Esto nos invita a retornar a las nociones de memoria, paisaje y patrimonio, a las que suele recurrirse principalmente a propósito del pasado. ¿Qué puede enseñarnos la historia de la geografía sobre la forma en la que estas nociones intervienen en el esfuerzo prospectivo?

## V. MEMORIA, PAISAJE, PATRIMONIO

La historia de la geografía, particularmente en el estrecho vínculo que mantiene con la geografía histórica y cultural, permite observar de qué manera el esfuerzo prospectivo se ha apoyado en elementos materiales o inmateriales heredados del pasado o puestos en valor en la misma época. Por otra parte, esta interacción entre prospectiva y herencias del pasado ha sido bien percibida a partir de los años ochenta a propósito de las políticas de protección y puesta en valor del patrimonio (Antoine S., 1988). Pero, ¿cómo se formula ese apoyo? De hecho, se basa en el recurso a un conjunto de imágenes que motivan el proyecto y le confieren su poder de seducción. Así pues, aunque estas imágenes ahondan en la memoria, no son necesariamente el simple producto de ésta, fijo e inalterable.

En efecto, el vínculo de las imágenes con la memoria puede instaurarse de dos formas diferentes. Por una parte, las imágenes pueden servir a la fijación de la memoria, es decir, para institucionalizar las normas de la vida en sociedad. Pero, por otra, las imágenes no institucionalizadas, las que lo están de forma débil, o bien simplemente aquellas que son discutidas, son utilizadas por la memoria como material que permite funcionar a la imaginación. Es esta segunda función de la memoria —fuente de creatividad y de adaptabilidad— la que valorizaba Henri Bergson (1993 [1896]) al oponerla a la primera. Podemos, por otro lado, establecer la hipótesis de que el aura de este filósofo a finales del siglo XIX y comienzos del XX interpeló a los geógrafos franceses de la época, como Vidal de la Blache o Jean Brunhes. Esto parece plausible cuando nos fijamos en su manera de retroceder en el tiempo: ¿acaso no combinaban su interés por la larga duración con una atención muy particular hacia la inventiva manifestada en la relación humana con el medio?

Esta perspectiva acerca de la memoria permite igualmente insistir en el interés de situarse al nivel del sujeto. Retomando a Maurice Halbwachs, Paul Ricœur subraya que la memoria corresponde ante todo a la actividad de un sujeto que busca construirse en las circunstancias que le son propias y que, a veces, debe llegar hasta el olvido (Halbwachs M., 1968 [1947-48]; Ricœur P., 2000). La memoria individual interactúa con la memoria colectiva, aportándole un esclarecimiento particular en función de las circunstancias que afectan al sujeto. De ahí la importancia de los contextos, de los lugares en los que se inscriben los recuerdos movilizados por el trabajo de la memoria, y con los cuales se conjuga ésta en la constitución del sujeto.

No es necesario, por tanto, reducir la memoria y, en consecuencia, los espacios patrimoniales a lo que tienen de relativamente estático, normalizado o nacionalizado, como ocurre, por ejemplo, en la compilación de Pierre Nora sobre *Los lugares de memoria* (1984-1992). Concentrándose en elementos patrimoniales que simbolizan el vínculo Nación-Estado, esta



obra descuida otros lugares no institucionalizados y sin referencia nacional. Además, los elementos escogidos parecen no tener una espacialidad propia, o bien ésta es escasa. En cambio, desde un punto de vista geográfico, hay que observar que los espacios patrimoniales son utilizados para dar significado a otros lugares que ya no existen en la actualidad, para materializar el recuerdo de mundos pasados y para designar aquello que el futuro debe tener en cuenta. El recurso a la imagen, a la iconografía, facilita el proceso por el cual una colectividad dialoga con su pasado para reconstruir su organización espacial y proyectarse en el futuro (Berdoulay V., 2009). La colectividad juega con lo que la memoria tiene de vivo, al mismo tiempo que de selectivo y de capacidad de recomposición: la memoria contribuye a la manera en la que los lugares son vividos, se hacen, se deshacen y se recomponen. Pero, ¿cómo se despliegan estas recomposiciones semánticas?

Es el trabajo iconográfico el que permite recomponer los territorios o, más exactamente, «refundarlos». Esta refundación corresponde, en efecto, a la recomposición de la forma y del significado, para dar lugar a nuevas identidades espaciales portadoras de nuevos medios de desarrollo cultural, social y económico (Despin L., 2003). Y dado que alcanza al significado, la refundación tiene una dimensión narrativa: implica que sea construido un nuevo discurso de la identidad espacial. Se trata, sin duda, de una narrativa plenamente prospectiva, tanto en su concepción como en su proyecto.

Esta narrativa prospectiva encuentra en el paisaje muchos de los recursos iconográficos de los que precisa. Como subrayaba Carlos Sauer (1963), el paisaje es como un «palimpsesto», depositario de iconografías más antiguas, como los viejos pergaminos de la Edad Media en los que se borraba el texto para tener un nuevo soporte para la escritura y, no obstante, se conservaban aún trazos de textos anteriores. Esta característica del paisaje facilita las múltiples lecturas potenciales que de él se pueden hacer. No hay que reducirlo, por tanto, a una simple proyección de la estructura social sobre el espacio, como ocurre a menudo en la geografía anglosajona. En efecto, los paisajes se construyen o valorizan a través de las prácticas sociales, pero su forma induce oportunidades de acción que son múltiples, valorizaciones o funciones que son nuevas, como han expuesto un cierto número de geógrafos (Berdoulay V., 1985; Berque A., 1995; Martínez de Pisón E., 1998; Ortega Cantero N., 2001 y 2005; García Álvarez J., 2007). En un mismo momento, varias identidades territoriales pueden imbricarse sobre el mismo espacio, movilizándolo cada una en lugares de memoria diferentes o bien una lectura diferente de los mismos lugares de memoria. El patrimonio, por sus repercusiones paisajísticas, entra así plenamente en los debates y en las controversias ligadas a la refundación narrativa de los territorios (Degrémont I., 2000; Rautenberg M., 2003; Ribeiro R.W., 2007).

La iconografía de un territorio no se apoya solamente en elementos patrimoniales que serían independientes los unos de los otros. Éstos están conectados en grados diversos, formando redes de significados, de modo que, espacialmente, redefinen los territorios, al menos para una parte de la población que adapta sus comportamientos y su movilidad en consecuencia de ello. De forma general, la patrimonialización puede asimilarse a una actividad de puesta en escena: en la disposición de los elementos patrimoniales y de los equipamientos asociados todo debe tender a expresar algo. De la calidad de la puesta en escena dependerá el éxito con el que la narrativa, a la vez retrospectiva y prospectiva, será transmitida a la gente e integrada por ellos en la coreografía de sus desplazamientos. Por tanto, los espacios patrimonializados no funcionan aisladamente, sin relación con su contexto: se insertan en lugares

a cuya vida y composición contribuyen o están llamados a contribuir en tanto que elementos de las narrativas prospectivas que les fundamentan.

No obstante, la patrimonialización de lugares de memoria ha planteado siempre un desafío mayor a los actores públicos. ¿Cómo evitar ser acusados de cosificar el pasado, incluso de manipularlo o de aprobar una interpretación sesgada en favor de tal o tal grupo dominante? Esta misma acusación se dirige con frecuencia a los organizadores de conmemoraciones que se apoyan en el patrimonio. Las políticas nacionalistas han sido a menudo criticadas en este aspecto. Pero la competencia entre territorios tal como es impulsada por la mundialización ha generado igualmente políticas de comunicación tendentes a favorecer el atractivo turístico de los lugares de memoria. Concretadas en la ordenación del espacio público y en la selección patrimonial, estas políticas traen a menudo como resultado un proceso de «reducción narrativa» que omite una buena parte de la historia de estos lugares en provecho de los elementos considerados más atractivos (Berdoulay V. y Paes M.T., 2008). Frente a este tipo de problema, la historia de la geografía puede ser de alguna ayuda.

Para empezar, se trata de no transformar una posición metodológica razonable en anteojeras positivistas que impidan ver la complejidad de las cosas. Son numerosos aquellos que insisten en la distinción entre historia y memoria. «Todo les opondrá» decía Nora, hasta tal punto es necesario distinguir una disciplina o reconstrucción colectiva científica de una actividad física efectivamente individual pero que se da en un marco social particular. Si se quiere, siguiendo a Nora, hacer de la historia una «deslegitimación» del pasado vivido, desvalorizamos éste en favor de una cierta verdad científica. Entonces ya no es posible pensar en lugares de memoria y en las condiciones de ejercicio de la prospectiva, porque estos lugares sólo llegan a existir en la vida social y política si son vividos, o más bien en tanto que vividos.

El mismo problema se encuentra a propósito de la denuncia recurrente de la manipulación de los símbolos por los responsables de la gestión territorial o por organizadores de conmemoraciones o eventos ligados a la celebración de patrimonio vivo: éstos corresponden, sin embargo, a fenómenos sociales en los que se trabaja la memoria y que tienen un interés propio, pues son reveladores de procesos por los cuales una sociedad busca dar sentido a su contexto espacio-temporal. En el fondo, si la distinción entre historia y memoria es metodológicamente esencial, no puede desatender lo que una y otra destacan de una historicidad que les engloba a ambas.

Lejos de un planteamiento positivista que separaría completamente la subjetividad humana de lo que sería científicamente objetivo, la historia de la geografía llama a no otorgar un valor superior a una realidad opuesta a las representaciones. Procediendo de este modo, la historia del pensamiento geográfico permitirá abordar el esfuerzo prospectivo en su globalidad.

## VI. CONCLUSIÓN

En el desafío de la prospectiva, la historia de la geografía tiene ciertamente mucho más que aportar de lo que podríamos pensar en razón de la tradición retrospectiva que le es propia. No tiene que limitarse a volver sobre lo que, en el pasado, ha condicionado o anunciado aspectos del presente o del futuro. Inclínndonos hacia la experiencia misma del ejercicio

prospectivo, podemos observar y comprender cómo el sujeto se emplea en una acción prospectiva. Retornando a las condiciones de incertidumbre en las que se encontraba, podemos ver el pensamiento prospectivo en proceso de constitución o en funcionamiento. Éstas son, así pues, las modalidades de la creatividad del sujeto en materia de prospectiva que se pueden analizar.

Muy particularmente, la historia del pensamiento geográfico enseña que es necesario retomar la cuestión posibilista. La prospectiva no es cuestión de simple deducción de condiciones iniciales. Frente a la incertidumbre, a la que no buscar reducir, la prospectiva introduce toda una reflexión sobre lo posible. Una reflexión y una práctica ordenadora a las que los geógrafos ya han contribuido en gran medida y que merecerían ser mejor conocidas.

La dimensión narrativa de la geografía, perceptible en los discursos, retrospectivos o no, que esta disciplina ha producido, se encuentra asimismo, e igualmente estructurante, en el planteamiento prospectivo que ella misma ha inspirado. Imágenes, memoria, patrimonio vienen a alimentar esta manera de concebir la acción que descansa en la actividad del sujeto, ya sea éste ordenador del territorio o habitante. Más concretamente, las imágenes intervienen en el diálogo que nos presenta la historia de la geografía y que los seres humanos buscan establecer tanto con el pasado como con el futuro por medio de la patrimonialización de determinados lugares de memoria. La prospectiva debe tener en cuenta este aspecto dialógico para no cosificar los resultados y para permitir su eventual transgresión por parte del sujeto.

La historia de la geografía constituye pues una invitación a retomar los términos de la actividad prospectiva. ¿Cómo se han construido los grandes proyectos que han transformado el espacio? ¿Qué lógicas de pensamiento han presidido estos proyectos? ¿Cómo se ha realizado la anticipación en el contexto de incertidumbre? ¿A través de qué procesos se busca dar sentido a nuestro contexto espacio-temporal para proyectarse en el futuro?

Puesto que está íntimamente ligada a la memoria, la historia de la geografía debe ayudarnos a transgredir las representaciones establecidas. Dado que la memoria está viva, y dado que constituye una actividad, ofrece a la historia de la geografía todo un campo para desplegar la reflexividad a la cual esta disciplina puede aspirar. Frente a todo lo prefijado e institucionalizado en la ordenación del territorio, los paisajes o los lugares patrimonializados, la historia de la geografía invita a replantear las condiciones y modalidades de nuestras capacidades prospectivas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANTOINE, S. (1988): «Patrimoine et prospective. Le cas de la France». *Futuribles*, Marzo, págs. 17-30.
- BERDOULAY, V. (1985): «Convergences des analyses sémiotiques et écologiques du paysage» en *Paysage et système. De l'organisation écologique à l'organisation visuelle* (Berdoulay, V. y Phipps, M., coord.). Presses de l'Université d'Ottawa, Ottawa, págs. 141-153.
- BERDOULAY, V. (1988): *Des mots et des lieux. La dynamique du discours géographique*. Ed. du CNRS, Paris.
- BERDOULAY, V. (2002): «Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir». *Boletín de la Asociación de geógrafos españoles*, 34, págs. 51-61.

- BERDOULAY, V. (2003): «Desarrollo sostenible y organización del debate público: reflexiones sobre experiencias norteamericanas de evaluación ambiental» en *Nuevos territorios para nuevas sociedades*. CIOT-V, Zaragoza, págs. 59-64.
- BERDOULAY, V. (2004): «Planifier avec le milieu: les liens complexes de l'analyse et de l'action». *Belgeo*, 5(3), págs. 231-241.
- BERDOULAY, V. (2008): *L'émergence de l'école française de géographie (1870-1914)*. Tercera edición, Ed. CTHS, Paris.
- BERDOULAY, V. (2009): «Lieux de mémoire et aménagement» en *Entre lieux et mémoire : L'inscription de la francophonie canadienne dans la durée* (Gilbert, A., Bock, M. y Thériault, J.Y., coords.), Presses de l'Université d'Ottawa, Ottawa, en prensa.
- BERDOULAY, V. y PAES, M.T.D. (2008): «Imagem e patrimonialização em planejamento urbano: Salvador (Bahia) e Bordeaux em perspectiva». *Cidades*, vol. 5, n° 7, págs. 33-47.
- BERDOULAY, V. y SAULE-SORBÉ, H. (1999): «Franz Schrader à Gavarnie, ou le géographe peintre de paysage». *Mappemonde*, 55, 3, págs. 33-37.
- BERDOULAY, V. y SENEAL, G. (1996): «Raoul Blanchard au Québec: continuité ou rupture?» en *La géographie française à l'époque classique (1918-1968)* (Claval P. y Sanguin A.L., coords.), L'Harmattan, Paris.
- BERDOULAY, V. y SOUBEYRAN, O. (1991): «Lamarck, Darwin et Vidal: aux sources naturalistes de a géographie humaine». *Annales de géographie*, 561-562, págs. 617-634.
- BERDOULAY, V. y SOUBEYRAN, O., coords. (1993): *Les nouveaux territoires de la prospective*. L'Harmattan (revista *Espaces et sociétés*), Paris.
- BERDOULAY, V. y SOUBEYRAN, O. (1996): *Débat public et développement durable. Expériences nord-américaines*. Ed. Villes et Territoires, Paris.
- BERDOULAY, V. y SOUBEYRAN, O., coords. (2000): *Milieu, colonisation et développement durable*. L'Harmattan, Paris.
- BERDOULAY, V. & SOUBEYRAN, O. (2002): *L'écologie urbaine et l'urbanisme. Aux fondements des enjeux actuels*. La Découverte, Paris.
- BERGER G. et al. (2007): *De la prospective. Textes fondamentaux de la prospective française (1955-1966)*. L'Harmattan, Paris.
- BERGSON, H. (1993): *Matière et mémoire* (ed. orig. 1896). PUF, Paris.
- BERQUE, A. (1995): *Les raisons du paysage. De la Chine antique aux environnements de synthèse*. Hazan, Paris.
- CAZES, B. (1986): *Histoire des futurs*. Seghers, Paris.
- DEGRÉMONT, I. (2000): «Une année d'aménagement du patrimoine à Bordeaux: entre mise en scène et mise en débat», *Sud-Ouest Européen*, 8, págs. 65-73.
- DESPIN, L. (2003): *La refondation territoriale*. L'Harmattan, Paris.
- FORESTER, J. (1999): *The deliberative practioner. Encouraging participatory planning process*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2007): «Paisajes nacionales, turismo y politiquas de memoria: Toledo (1900-1950)». *Ería*, 73-74, págs. 193-212.
- GLACKEN, C.J. (1996): *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental, desde la Antigüedad al siglo XVIII* (ed. orig. 1967). Ediciones del Serbal, Barcelona.

- GODET, M. (2004): *Manuel de prospective stratégique – Tome 1: Une indiscipline intellectuelle*. Dunod, Paris.
- GOTTMANN, J. (1952): *La politique des États et leur géographie*. Paris, Armand Colin.
- HALBWACHS, M. (1968): *La mémoire collective* (ed. orig. 1947-48). PUF, Paris.
- JOUVENEL, B. (1964): *L'art de la conjecture*. Futuribles, Monaco.
- MARTINEZ DE PISÓN, E. (1998): *Imagen del paisaje. La generación del 98 y Ortega y Gasset*. Edit. Caja Madrid, Col. Obra social, Madrid.
- MERMET, L. y BERLAN-BAQUÉ, M., coords. (2009): *Environnement: décider autrement. Nouvelles pratiques et nouveaux enjeux de la concertation*. L'Harmattan, Paris.
- NAMER, G. (1987): *Mémoire et société*. Méridiens Klincksieck, Paris.
- NORA, P., coord. (1984-92): *Les lieux de mémoire*. 7 v., Gallimard, Paris.
- ORTEGA CANTERO, N. (2001): *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*. Edit. Caja Madrid, Col. Obra social, Madrid.
- ORTEGA CANTERO, N., coord. (2005): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Ed. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- RAUTENBERG, M. (2003): *La rupture patrimoniale. À la croisée*, s/l.
- RIBEIRO, R. W. (2007): *Paisagem cultural e patrimônio*. IPHAN Rio de Janeiro.
- RICŒUR, P. (2000): *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Seuil, Paris.
- ROBINSON, B.S. (1977): «Some fragmented forms of space». *Annals of the Association of American geographers*, 67, págs. 549-563.
- SAUER, C. (1963): *Land and life* (textos reunidos por J. Leighly), University of California Press, Berkeley.
- SOUBEYRAN, O. (1988): «Malaise dans la planification». *Annales de la recherche urbaine*, 37, págs. 24-30.
- SOUBEYRAN, O. (1997): *Imaginaire, science et discipline*. L'Harmattan, Paris.
- SOUBEYRAN, O. y BENCHEIKH, A. (1993): «Autopsie d'une utopie environnementale». *Peuples méditerranéens*, n° 62-63, págs. 183-203.
- VERNE, J. (1905): *L'invasion de la mer*. Hetzel, Paris.
- VV.AA. (1993): *Autour du monde: Jean Brunhes regards d'un géographe/regards de la géographie*. Musée Albert Kahn, Boulogne (Hauts-de-Seine).

